

arte. Si Camón Aznar no fuera escritor, el archivo se cerraría, tan amable, como una ostra a la curiosidad, que es lo que, ¡ay!, suelen hacer todos los archivos.

Nosotros pensamos en ese pueblo al que el liberal don José Lázaro debía ver con perfil preciso.

—¿Abierto al público el Musco?

—Sí; abierto al público con mi solo límite necesario, para que no pierda su carácter de selección: la entrada costará algo. Pero no hay que olvidar que la parte vital de la fundación va a ser la de las conferencias, becas, ediciones... El alma de ella.

—Ya. Y el Museo, algo así como el cuerpo. En conjunto, una entidad viva.

## Escritores de España: Manuel Machado

Ana de Stael decía en 1800 que "el espíritu poético se inspira en un viento que procede del Norte y en otro que viene del Sur". Por lo que a España se refiere la frase encierra una realidad. Desde hace bastantes años, el meridiano ideal de nuestra poesía pasa por el Sur, es decir, por Andalucía. Acaso haya pasado siempre desde las casidas de los líricos árabes medievales. Pero vamos a referirnos solamente a las últimas promociones poéticas. En el último cuarto del siglo XIX quizá sea Salvador Rueda el que mantiene enhiesta la bandera del verdadero lirismo, frente a las decadentes y antipoéticas influencias de Campoamor, Nuñez de Arce, Grilo, Palacio y otros versificadores que no poetas. Después, con el nuevo siglo llegan a Madrid, y vienen del Sur, los tres líricos de la nueva generación: Juan Ramón venía de Palos de

chado era considerado por las minorías selectas como un buen poeta. Ya habían aparecido primeros libros de los dos Machados y de Juan Ramón. El primero en aparecer había sido el de Manuel, que también era el primero en el estabán. Por lo demás, en estos primeros libros ya estaban, si nos fijamos bien, la orientación y el temperamento de cada uno. El primer libro de Juan Ramón se llama "Arias tristes". El primero de Antonio Machado, "Soledades". El primero de Manuel, "Tristes y alegres". Ya está bien clara la orientación de cada uno. La orientación de su vida, que obedece al imperativo categórico de su temperamento sano y andaluz. En aquellos días que Rubén Darío se sienta en la "peña" del Colonial, donde el hierático, enfático y genial D. Ramón María del Valle, lee a los contertulios las pruebas de imprenta de los "Cantos de vida



Moguer. Los hermanos Machado de Sevilla. Veinte años más tarde, y durante la primera postguerra, otra generación de poetas trae del Sur los "ángeles" surrealistas de Alberti y las lunas "con polsón de nardos" que entran en las fraguas líricas y gitanas de García Lorca. El viento del espíritu poético, de la noble y auténtica línea lírica sigue llegando del Sur. Del Sur venían, aunque por otro camino. Pemán y Del Valle.

Y cuando en 1905, de regreso de Málaga, a donde va para saludar a Salvador Rueda, Rubén Darío se asoma a un balcón del hotel Paris, para contemplar esos cielos del otoño madrileño—cielos de Velázquez—, con rompimientos de nubes claras, y en la Puerta del Sol aspira ese oxígeno fresco que fabrica expresamente para Madrid el alto Guadarrama, ya Manuel Ma-

y esperanza" del poeta nicaraguense, para D. Manuel Machado, como para todos los de la "generación del 98", que ahora se extingue, era aún el tiempo de la "juventud divino tesoro".

En los Machados había como en los Santiagos evangélicos el mayor y el menor. Los dos habían terminado en Madrid sus carreras respectivas. El mayor, Manuel, se había hecho archivero bibliotecario. Antonio, desde muy joven, se hace profesor. Esto en las demás disciplinas, que en las letras serán otros dos hermanos "siameses", sevillanos como los Quintero, y unidos por la firma.

Ahora hemos de separar las dos personalidades para estudiar aisladamente la del mayor de los dos hermanos poetas.

Manuel Machado había nacido en Sevilla el 29 de

agosto de 1874. Después de estudiar el Bachillerato en Madrid, vuelve a Sevilla para licenciarse en Filosofía y Letras en aquella Universidad. Más tarde vendrá a Madrid para hacerse funcionario de Archivos y Bibliotecas. Desde muy joven comparte sus aficiones entre los versos modernistas y los papeles viejos, a los que no perderá nunca la afición. Cuando en 1902 publica Manuel Machado su libro más representativo, "Alma", entra con pleno derecho en el parnaso español de la época. En otra actividad emplea también Manuel Machado sus energías juveniles. En el transcurso de unos años funda las revistas "Electra", "Renacimiento", "Revista Ibérica" y "Revista Latina".

A partir de "Alma" la vena poética de Manuel Machado empieza a fluir con generosidad y sabiduría que no se agotará hasta su muerte. Ahí están sus últimos versos a los setenta y tres años. Los que había enviado al "A B C" en memoria de su gran amigo Falla, el otro Manuel andaluz y universal, que, si no con estrofas, con melodías también ha contribuido a que el espíritu poético de España se inspire "en un viento que viene del Sur".

No obstante su afición y vocación fundamental a la poesía, Manuel Machado cultiva otros géneros literarios y trabaja con ahínco en otras disciplinas mentales. En su juventud pasa una larga temporada en París, donde deja huellas de su talento y capacidad tanto por sus producciones originales como por las muchas traducciones realizadas para la Editorial Garnier.

Mucho evoluciona el poeta lírico que hay en Manuel Machado desde sus primeros libros. Distintas influencias de la época dejan su huella en su inspiración. Pero hay algo en lo que el poeta andaluz se mantendrá fiel a sí mismo a los mares de su Sevilla nativa: es la gracia jacarandosa, el garbo, el "angel", que dicen los andaluces, que lo hacían encontrarse en su ambiente—verdadero clima poético—, donde se cantase "hondo", se hablase de toros, se bailasen sevillanas y

se bebiesen cañas de jerezana manzanilla. La vena poética de Machado tenía una fecunda sanidad lírica, mezclada siempre con una amable y tierna humanidad. Esta cualidad hacía atrayente su personalidad, además de como poeta, como hombre.

Pero necesariamente hemos de volver en la biografía de Manuel Machado, siquiera sea tan sintética como la presente, a encontrarnos con la de Antonio. La de los Machado ha de ser siempre una biografía por partida doble, y es que la época más fecunda de sus vidas la de su verdadera madurez literaria, está caracterizada por sus producciones de teatro poético hechas en colaboración. Es en esas obras donde la profundidad pensativa y un tanto taciturna de Antonio se complementa con la gracia chispeante y optimista de Manuel, para dar a las creaciones teatrales esa fuerza humana que las hace triunfar ante todos los públicos. El resultado de esta colaboración son esos seis grandes poemas escénicos que van desde "Julianillo Valcárcel" en 1926, a "La Duquesa de Benamejil" en 1931.

Después de terminada esta colaboración cada uno de los dos poetas sigue produciendo su propia obra. Por lo que a Manuel se refiere despliega en los últimos años una verdadera actividad como escritor, como investigador, como académico y sobre todo como poeta, sigue produciendo su propia obra, que es alimento de su naturaleza espiritual. Conserva, pasados los setenta años, la misma lozanía de espíritu, la misma capacidad de emoción, la misma gracia donosa de su ingenio andaluz, que podía tener a los cuarenta años. Su buen humor y su generosidad juvenil hacían que su trato fuese especialmente atractivo para los poetas y literarios jóvenes. Todos lo consideraban como maestro y amigo al mismo tiempo. Por eso, de Manuel Machado nos queda siempre un agradable e inolvidable recuerdo, por encima de todos sus muchos valores universales: el de su jovialidad.

## PRIMER AMOR

Primer amor... ¡Vago lloro,  
deseo de soledad,  
inestimable tesoro,  
sola y única bondad,  
sol de oro  
de verdad!

La noche callada, ¡y Ella!  
(que no es ella todavía).  
Carmen, Amparo, María...  
¡Ensueño...? ¡Mujer...? ¡Estrella...?  
¡Oh aquella  
melancolía!

¡Oh aquel beso en la almohada  
y aquel mirar más allá,  
con el alma es la mirada!  
(Éxtasis divino ya.)  
Y la amada,  
¿dónde está?

Laura, Violante, Jimena,  
Beatriz, señoras de amores;  
Clara, Julia, Cinta, flores;  
y la rubia Magdalena;

y la morena  
Dolores.

Nombres de menta, sabrosos  
al labio y al corazón;  
despertares misteriosos,  
entre lujuria y canción,  
y hermosos  
de sugestión.

Locas primeras, pasajeras,  
de las primeras pasiones,  
de las primeras ojeras  
y las primeras canciones.  
¡Oh, primeras  
ilusiones!

Pura, Amalia, Aurora... Coro  
de la más divina edad.  
Margarita, Soledad.  
Primer amor... Vago lloro.  
¡Sol de oro  
de verdad!

MANUEL MACHADO.